

I EL GIRO NARRATIVO

Reflexión preliminar: el poder de la palabra

Comenzaré proponiendo una reflexión preliminar para fijar algunos parámetros que permitan la delimitación de un campo teórico de contornos imprecisos, que se encuentra todavía en gestación.

En el origen nos encontramos con la narración como relato oral, como la actividad a través de la cual alguien le dice algo a otro, sin que pueda distinguirse si es algo inventado, vivido o escuchado, y sin que pueda discernirse quién habla ni quién escucha, quién es realmente el sujeto de esta experiencia narrativa que autoriza a sus participantes a decir “*nosotras/os*”.

La escritura instituye la separación entre lo dicho y la actividad de decirlo en otro registro. Con la escritura textual, al menos en Occidente, la narración pierde *espesor*, pues comienza a discurrir en dos dimensiones: de izquierda a derecha y de arriba a abajo. A través de este desplazamiento, la unidad entre palabra, gesto corporal y afecto que define a la experiencia narrativa se disuelve.

Con la aparición de la ciencia, inconcebible sin la escritura textual, se multiplican aún más las posibilidades de distinguir lo dicho de la actividad de decirlo. Aparece así la división disciplinaria entre ciencia y literatura, y la separación sistemática entre *hecho* y *ficción*. El afianzamiento de la ciencia está indisolublemente ligado a la constitución del sujeto como sujeto trascendental, instancia a partir de la cual se representa la realidad como objeto. Con esto se instituye la pretensión científica de decir algo como si no se lo estuviera narrando, como si no se tratara siempre de alguien diciéndole algo a otro.

La proliferación de clasificaciones crea las condiciones para la irrupción de lo inclasificable. Cuando se despliegan relatos que separan la luz de las tinieblas, el cielo de la tierra, la civilización de la barbarie, el hombre de la mujer, la psique del soma, se crean las condiciones para el exceso, para la irrupción de lo inclasificable, que se presenta como *una falla* en los marcos simbólicos establecidos. Este afuera que no tiene nombre acontece dentro de los relatos establecidos, quebrándolos.

La quiebra del relato abre una brecha que deja *en suspenso* las clasificaciones disponibles y evidencia su carácter relativamente arbitrario y transitorio. Puede que el intento de nombrar y relatar eso que irrumpe sea descabellado, pero sin él, sin la puesta en juego del *poder de la palabra*, no puede haber subjetividad.

En el curso de estas siete clases trataré de desplegar de manera un poco más parsimoniosa estas ideas y otras.

Tres registros narrativos

Las narrativas son *un fenómeno omnipresente* en nuestras sociedades. No es casual que puedan “sustentarse en el lenguaje articulado, oral o escrito, en imágenes móviles o fijas, en gestos y en la mezcla ordenada de todas estas sustancias” (Barthes, 1977: 79). Hay también infinidad de géneros narrativos en circulación de la leyenda a la historiografía, del cuento fantástico a la etnografía, de la autobiografía al caso clínico.

Parecería que no hay material que se resista a la actividad significativa de moldearlo, imprimiendo en él relatos. Me animaría incluso a afirmar que las narrativas aparecen allí donde alguien ve o escucha algo como un signo, como diciendo algo de sentido claro u oscuro.

En **La escritura del dios**, leemos que Tzinacan, un mago azteca capturado por Pedro de Alvarado, recuerda que Dios “previendo que en el fin de los tiempos ocurrirían muchas desventuras y ruinas, escribió el primer día de la Creación una sentencia mágica [...]. La escribió de manera que llegara a las más apartadas generaciones y que no la tocara el azar. Nadie sabe en qué punto la escribió ni con qué caracteres, pero nos consta que perdura, secreta, y que la leerá, un elegido [...]. En el firmamento hay mudanza. La montaña y la estrella son individuos y los individuos caducan. Busqué algo más tenaz, más invulnerable [...]. En ese afán estaba cuando recordé que el jaguar era uno de los atributos del dios [...]. En la otra celda había un jaguar; en su vecindad percibí una confirmación de mi conjetura y un secreto favor [...]. Dedicué largos años a aprender el orden y la configuración de las manchas.” (Borges, 1974: 596).

Creo que es el momento oportuno para introducir una distinción provisoria entre *tres registros narrativos*: el cotidiano, el técnico (Brockmeier, 1997) y el maestro (Lyotard, 1989). Las narrativas técnicas –pienso aquí en disciplinas tales como la historiografía, la etnografía y la psicología clínica– abordan las narrativas cotidianas como materia prima a partir de las cuales desplegar sus propios relatos. Pero las narrativas cotidianas no son una pura materia informe: los documentos, los relatos grupales o las palabras de un analizante tienen formas y contenidos que podrán ser confusos, pero que ya tienen sentido, dicen algo sobre algo a alguien. Sin embargo, desde la perspectiva de las narrativas técnicas esos sentidos manifiestos ocultan sentidos más profundos. Parafraseando a Marx y a Heráclito: “hay ciencia porque la realidad busca ocultarse”. Acaso la ciencia normal, como la religión, vive de “los sentidos ocultos” bajo la superficie de la vida y el lenguaje cotidiano, y por ello *necesita hipostasiarlos*.

Avancemos un paso más, afirmando que las narrativas técnicas se constituyen a través de *prácticas significantes “normales”*, entendidas como procedimientos relativamente metódicos y sistemáticos a través de los cuales se recolectan “datos”, se hallan “evidencias” y se reconstruyen “hechos”, para producir una narración científica. Estos procedimientos tienen por objetivo el progreso del saber mediante la acumulación de conocimientos parciales; para ello resulta indispensable recurrir a un número limitado de conceptos abstractos y unívocamente definidos, capaces de simplificar las formas y los contenidos de las narrativas cotidianas, eliminando la ambigüedad, la falta de literalidad, de los sentidos que despliegan estas últimas.

Estas prácticas significantes pueden verse como *formas metódicas de actuar*, fijadas por códigos profesionales que prescriben los modos de relacionarse con los objetos y los sujetos portadores de las narrativas cotidianas bajo estudio. Tal es la función

que desempeñan “el consentimiento informado”, “el contrato analítico” y, en general, los “códigos de ética profesional”. Más aún, las narrativas técnicas, en tanto prácticas significantes, pueden abordarse como “puestas en escena de rituales” que fijan “los gestos, los comportamientos, y las circunstancias” (Foucault, 1992: 34) que deben acompañar la producción científica.

Considero importante indicar *la tensión entre la proximidad y la distancia* que atraviesa estas prácticas significantes, excepcionalmente ejemplificada por la actividad científica de “tomar nota”. Esta actividad tiene un componente retórico estratégico, que opera activamente en la producción de las narrativas técnicas, permitiendo leer, escuchar y observar algo en el registro cotidiano, para luego insertarlo en el registro técnico. El historiógrafo, el etnógrafo y el psicoanalista se alojan en las narrativas cotidianas y desde allí dentro las transcriben, produciendo un texto científico cuyo sentido discurre linealmente de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. Sin duda, la toma de distancia que se instituye al tomar nota de algo es una operación clave, sin la cual difícilmente podría existir “progreso en el conocimiento”.

Comencemos ahora a indagar el origen del estatuto científico de las narrativas técnicas, interrogándonos si es posible desplegarlas sin insertarlas al mismo tiempo dentro de *narrativas maestras*. Parecería que las narrativas maestras operan como “paradigmas” y que, sin ellas, las narrativas técnicas no tienen sentido, es decir carecerían de coherencia y dirección. Los paradigmas o, en otro vocabulario, las narrativas maestras, delimitan el campo de objetos, definiendo sus características esenciales, las relaciones y leyes que los gobiernan, y el espectro de “preguntas que es legítimo hacer” (Kuhn, 1970: 5).

Sin embargo, creo decisivo afirmar que la legitimidad que otorgan las narrativas maestras es necesaria, no sólo para la construcción del campo de objetos de las narrativas técnicas, sino también para *la constitución del sujeto científico*, inseparable de su inserción en una comunidad de saber. La creciente familiaridad de los estudiantes con los fundamentos teóricos de determinada corriente disciplinaria, facilita su incorporación a “la comunidad científica” en la que luego van a actuar. Una inserción con estas características garantizaría que entre “los sujetos que aprendieron los fundamentos de su campo a partir de los mismos modelos” no haya “un desacuerdo abierto”. De tal manera, siguiendo “las mismas reglas y estándares” serán capaces de continuar “una tradición de investigación particular” (Kuhn, 1970: 10). En definitiva: las narrativas maestras constituyen *los sujetos* que necesitan para *mantenerse y perpetuarse*.

El esfuerzo de auto-fundamentación que distingue a las narrativas maestras está inextricablemente ligado al intento de describir hechos, demostrar verdades y formular leyes, libres de las marcas provenientes de las narrativas cotidianas y de la influencia de “los contextos de descubrimiento” donde operan las narrativas técnicas. Tal “depuración” permite presentar las leyes, las verdades y los hechos como si fueran “objetivos”. Si el movimiento de la narración técnica es “inductivo”, desplazándose de los sentidos manifiestos a los sentidos ocultos, el movimiento de la narrativa maestra es “deductivo”, desplegándose en un lenguaje formalizado con lugares prefijados, nichos, para todas las narrativas reales o posibles dentro de un campo disciplinario.

Parecería entonces que estamos frente a *la consumación del silenciamiento de las narrativas cotidianas*, que habría comenzado a gestarse con las operaciones de transcripción e interpretación características de las narrativas técnicas. La narrativa maestra “es una forma de narración sin transitividad [...] y se rodea a sí misma de silencio. Su referencia debe permanecer callada, o en otras palabras insensata, para que valga la pena explicarla, para hacerla hablar [...] y su destinatario también debe permanecer callado, no debe saber nada, para que valga la pena decirle lo que la teoría tiene para decirle. Eventualmente, se le puede permitir hablar, poniéndolo en posición de narrador, pero sólo para probar que puede recitar su lección correctamente” (Lyotard, 1989: 135). Las narrativas maestras que adoptan la forma de la “Gran Teoría” pretenden desplegarse como si fuesen el pensamiento pensándose a sí mismo; por eso su germen puede hallarse en toda argumentación que se presente como “puramente racional”. Pero para ello la Gran Teoría “se ve forzada a olvidar algo, a olvidar que es una narrativa” (Lyotard, 1989: 145). Observamos, entonces, cómo La “Gran Teoría” busca auto-fundarse, tratando de eliminar *la brecha radical* existente entre lo dicho y la actividad de decirlo.

La fuerza centrípeta de la experiencia humana

Ahora intentaremos explorar un terreno menos transitado y más escabroso. Propongo iniciar el recorrido indagando *los límites del disciplinamiento y la profesionalización de las prácticas técnicas*. La constitución y el desenvolvimiento de la ciencia normal reclama el control del poder narrativo a través del disciplinamiento y la profesionalización de la subjetividad y esto no es fácil. No es fácil controlar la palabra y domesticar la imaginación, el afecto y el cuerpo. Como consecuencia de esta dificultad, las prácticas significantes asociadas a las narrativas técnicas difícilmente puedan llegar a ser operaciones puramente racionales.

Ser historiógrafo, etnógrafo o psicoanalista requiere *entrenamiento*, es decir un aprendizaje que no es meramente cognitivo, que reclama la incorporación de los modos de vida de una comunidad científica y que pone en juego todo el espesor de la subjetividad. Únicamente a través de un entrenamiento con estas características se dan las condiciones de posibilidad para intentar conocer, no lo “universal” y “necesario”, sino lo singular y contingente, lo único que realmente vale la pena intentar conocer: la experiencia humana.

Para ello es necesario que el sujeto confíe en su subjetividad y, al mismo tiempo, la disuelva. Cito un fragmento de Frank Ankersmit referido a la práctica histórica: “lo único seguro es que los historiadores deben sacar ventaja de su propia subjetividad, deben confiar en su propia subjetividad lo más posible y, al mismo tiempo, tratar de hacerla invisible a sus lectores. En términos más generales, se trata de un doble movimiento: una confianza completa en la subjetividad y un borrar la subjetividad; la idea es que los historiadores deben disolver su propia subjetividad en el texto, como un terrón de azúcar se disuelve en una taza de té [...] el mejor instrumento para leer el texto es la persona que somos –y, en nuestra lectura del texto, no debemos eliminar a priori ningún aspecto de nuestra personalidad.” (Ankersmit, 2005: 94-5).

Para usar otra figura, digamos que al quedar soldado a la experiencia humana el sentido se ha convertido en *una fuerza centrípeta*: “el sentido ya no viaja libremente a

través del tiempo y el espacio: sus lazos con su lugar de origen son más fuertes que nunca [...]. El sentido ahora es centrípeto en lugar de centrífugo [...]. Como resultado de ello, su vínculo con ‘la teoría’ -es decir, con los instrumentos teóricos que tradicionalmente usábamos para expandir el alcance del sentido cultural, narrativo y textual- tiende a debilitarse. Ahora el sentido recibe su contenido del modo en que el mundo se nos da en la experiencia.” (Ankersmit, 2005: 1-2).

Pero esto no implica que la universalidad haya desaparecido por completo, sino que está constantemente expuesta a *los vaivenes* de las experiencias *locales*. Si sustituimos lo universal por el Tejo, podemos figurarnos esto recurriendo a unos versos de Fernando Pessoa, recuerdo que los versos dicen algo así: “El Tejo es más bello que el río que corre por mi aldea, pero el Tejo no es más bello que el río que corre por mi aldea, porque el Tejo no es el río que corre por mi aldea”.

Ahora, sin abandonar toda pretensión de diferenciar entre los distintos registros narrativos, procedamos a rastrear *la mutua contaminación* que siempre existe entre ellos. Este reconocimiento aportará ciertas ideas que, en contraposición con las pretensiones de las narrativas maestras, nos permitirán abordar lo universal como un procedimiento de universalización, es decir, como una actividad que por estar anclada en experiencias locales debería ser prudente.

Entre otras cosas, esto requiere revisar el modelo del “anidamiento narrativo” que presenta las distintas narrativas como si estuvieran ordenadas en círculos concéntricos, formando una jerarquía en la que los relatos cotidianos del sentido común tendrían una función meramente ancilar y los relatos científicos ocuparían posiciones más abarcadoras y universales, de acuerdo a la excelencia de sus referentes objetivos. Sin embargo, tampoco se trata de proponer una inversión simple de dicho modelo, en la que lo único que realmente existiría sería la pura dispersión de relatos individuales cotidianos y las narraciones técnicas y maestras tendrían una existencia totalmente parasitaria. Tanto la imprecisión y la permeabilidad de las fronteras que dividen los distintos registros narrativos, como la existencia de intercambios entre un registro y otro impiden que las narrativas se cierren sobre sí mismas. No hay narrativa que sea internamente coherente porque ninguna es causa de sí misma ni puede auto-fundarse.

En el registro de las narrativas cotidianas hay infinidad de relatos que incorporan contenidos provenientes de la popularización de las narrativas maestras. Es probable que en este registro los mejores ejemplos de los desplazamientos de un nivel a otros en un mismo relato provengan del recurso retórico de utilizar refranes y proverbios para *conjurar* situaciones problemáticas; como cuando alguien, al intentar explicarle a otro por qué no puede confiarle un secreto, le dice: “entregar un secreto es entregar la libertad”. De hecho, parecería que hay infinidad de narrativas que están surcadas por la dinámica del comentario, que hace que un relato o texto parezca citar algo que ya estaba dicho “allá lejos” por otro (Foucault, 1992: 21-4).

En el registro de las narrativas técnicas la importación de relatos provenientes de la vida diaria, de la mitología, de las artes y de las ciencias es un fenómeno generalizado, especialmente en circunstancias en que los practicantes están luchando “cuerpo a cuerpo” con lo real de las narrativas cotidianas y de las experiencias vividas, intentando desentrañar en ellas nuevos sentidos. Por ejemplo, para dar cuenta de la importancia de la

interrupción del desarrollo sexual durante la llamada “fase latente” (Freud, 1973a: 1231 y 1197), el psicoanálisis del cuño freudiano echa mano a guiones narrativos múltiples y heterogéneos: la física newtoniana con su noción de “átomo”, la teoría darwiniana sobre la evolución de las especies, la narrativa maestra del progreso, las conversaciones diarias sobre los malestares de la civilización moderna y los relatos provenientes de la neurología, entre otros.

Sin duda, una narrativa maestra como el marxismo es inconcebible sin las experiencias locales conectadas a las aflicciones del trabajo fabril y a las formas de organización obrera en la Inglaterra de mediados del siglo XIX. Asimismo, se sabe que comenzó a configurarse como relato a través de intercambios con una diversidad de narrativas filosóficas, políticas y científicas, entre las que cabe mencionar el idealismo alemán, el materialismo antiguo, el pensamiento socialista francés y la llamada economía clásica. Pero, tal como ocurre también con el psicoanálisis, esta intertextualidad no va en desmedro de su carácter de producción *radicalmente* nueva: su manifiesta conexión con las experiencias particulares de la clase obrera inglesa no supone que simplemente se limite a “describir” algo que ya estaba allí: *el proletariado* jamás puede ser la descripción de lo que *es* la clase obrera. Más aún, la configuración de esta producción narrativa, lejos de invalidar su alcance universalizante, debería invitarnos a una indagación más detenida sobre los procedimientos que permiten *retroalimentaciones recíprocas* entre la singularidad de la experiencia humana y el potencial de universalización contenido en el lenguaje y la figuración metafórica.

He intentado abordar las narrativas de distintos registros, y el lenguaje en general, no tanto como medios para representar el mundo o describir hechos, sino como *una actividad retórica y pragmática*, principalmente dirigida a *forjar figuras de la subjetividad*. Esto explica, como veremos más adelante, que en el despliegue narrativo lo verosímil tenga primacía sobre lo verificable y el pensar metafórico sobre el pensamiento lógico.

El giro narrativo

Comenzaré citando un pasaje de **El narrador** para luego improvisar algunas ideas basadas en él: “Aunque su nombre nos sea familiar, el narrador en su inmediatez viviente ya no es una fuerza activa, es algo remoto, algo cada vez más distante [...]. El arte de narrar está llegando a su fin [...], es como si nos hubieran arrebatado algo que parecía inalienable, una de nuestras posesiones más seguras: la capacidad de intercambiar experiencias [...]. La razón es obvia: la experiencia está desvalorizada. Con la Primera Guerra Mundial comenzó un proceso que desde entonces no se ha detenido. ¿No era acaso manifiesto que al final de la guerra los hombres que volvían del frente estaban cada vez más silenciosos –no más ricos, sino más pobres en experiencia comunicable? [...] Nunca la experiencia ha sido contradicha tanto: la experiencia estratégica por la táctica militar, la experiencia económica por la inflación, la experiencia corporal por la guerra mecánica, la experiencia moral por aquellos en el poder.” (Benjamin, 1968: 83-4).

Efectivamente, hay distintos fenómenos que parecen indicar que el arte de narrar está llegando a su fin, pues parecen socavar irremediabilmente la capacidad requerida

para que alguien le diga a otro que algo ocurrió. Uno de esos fenómenos es *la información*, ya que su centro reside en la noticia, entendida como el informe abreviado de un hecho verificable de causas objetivas y carácter reciente. La noticia debe ser abreviada: debe presentarse en el menor tiempo posible porque su valor reside en la novedad y sólo vive mientras es nueva. Otro es *la razón instrumental*, que parece estar en vías de convertirse en el marco de referencia último para determinar lo real y lo verdadero, en la ciencia y en la economía, en la política y en la guerra. Por último, *la multiplicación de eventos que no tienen nombre*, que vuelve a los seres humanos más silenciosos, más incapaces de incorporarlos a un relato que podrá ser horroroso o sublime, pero que en definitiva permitirá el despliegue de una experiencia humana.

Con la gradual desaparición de la figura del narrador se estaría produciendo la disolución de prácticas comunitarias que se fueron gestando, manteniendo y modificando a lo largo de milenios. Para comprender la gravedad de esta pérdida es necesario entender al “narrador” como el emblema de una práctica significativa en la cual el que narra presenta su testimonio personal como algo que alguien le contó, y el que escucha recibe ese testimonio “como una sugerencia” (Benjamin, 1968: 86) que lo ayuda a continuar un relato que ya venía desplegando a través de su experiencia vital. En definitiva, “el narrador” es la representación simbólica de una experiencia en la que no se puede, ni se debe, distinguir tajantemente entre quién habla y quién escucha; una experiencia en la que no se puede, ni se debe, tratar de discernir dónde concluye lo singular y dónde se inicia la universalización.

Sin embargo, existen indicios de que la narración es una práctica más *persistente* de lo que parece. Rectificando una afirmación previa, me atrevería a afirmar que la narración se presenta como una posesión difícil de arrebatar y prácticamente inalienable. Quizás esto obedezca a que no se puede determinar quién es realmente el sujeto que la posee. Es cierto que las condiciones adversas suelen silenciarla. Pero en ocasiones excepcionales esto se experimenta como un desafío a ejercer el poder de la palabra y a entregarse plenamente a él.

A fines de los sesenta, irrumpen en América Latina grupos que venían formándose por fuera de “las historias oficiales” y que, al menos en parte, surgen como respuesta al quiebre producido en las formas de solidaridad tradicionales (Gorlier, 2004). En algunos grupos, particularmente aquellos formados por mujeres y en otros similares que aparecieron en distintas regiones durante el mismo período, pueden vislumbrarse algunas dinámicas que atestiguan el ejercicio y la entrega que acabo de mencionar. Para hacerlas posibles, los sujetos dedican tiempo y energías considerables a relatar sus experiencias, personales y colectivas. Como resultado de ello, la narración, la actividad de hablar y de escuchar, se erige como un acontecimiento cuyo núcleo reside en *la transformación profunda de la subjetividad*. Esa transformación sólo es posible en el narrar genuino que incluye “la mano que sustenta con sus gestos lo expresado” (Benjamin, 1964: 108); es decir, únicamente es posible si se sustenta en una actividad significativa que anude el lenguaje verbal, la carga afectiva y el gesto corporal, hasta hacerlos indisociables.

De esta manera, vamos elaborando e incorporando las herramientas conceptuales necesarias para entender el impacto que el giro narrativo está teniendo sobre las ciencias

sociales y humanas. Por un lado, abordamos la realidad humana en general y la subjetividad en particular como configuraciones logradas mediante prácticas significantes que suponen un despliegue verbal, afectivo y corporal, lo que llamamos “narrativas cotidianas”. Y por otro lado, entendemos los objetos que estudian las ciencias como construcciones narrativas que los describen y los explican de maneras relativamente metódicas, a través de procesos que están fundados en el lenguaje “pero que son más retóricos que gramaticales en su articulación y elaboración” (White, 2006b: 1-2).

Pero también debo llamar la atención sobre la inmensa cantidad de acciones humanas que se presentan como *actos de habla*. Más aún, hay infinidad de cosas que únicamente pueden realizarse hablando. Esto reclama reformular la noción del lenguaje tal como ha sido acuñada por la lingüística, desplazando la unidad de sentido “del signo a la oración y de ésta al texto” y ampliando la noción de “demarcación textual” para incluir en ella “una multitud de prácticas significantes” (Kreiwirth, 2000: 299). En definitiva, se trata de aceptar que toda palabra está inserta en una narración y de afirmar *la primacía* de la narración sobre la palabra.

Esta ampliación supone una extensión del campo de las ciencias humanas y, al mismo tiempo, exige una revisión tanto del modelo de ciencia acuñado durante la modernidad como de las divisiones disciplinarias establecidas durante esa época. En términos generales, me animaría a adelantar que el proceso de des-referencialización que conlleva el giro narrativo está creando las condiciones para profundizar el des-dibujamiento y la des-jerarquización de los saberes disciplinarios, que ya venía insinuándose en algunos ámbitos. Todo esto puede tener efectos extraordinariamente liberadores, pero sólo para *un nosotras/os* que, aunque sea de manera más o menos confusa, *ya esté deseando liberarse*.

Para sostener ese proceso es necesario desplazar la atención del referente a las prácticas significantes que lo constituyen como “algo” con sentido. Este desplazamiento requiere entrenamiento y persistencia, ya que reclama resistirse una y otra vez al hechizo de “lo evidente”, para atender a los actos de producción de conocimiento –que nunca están fuera del tiempo y del espacio, sino que siempre son específicos y localizados. Como resultado, vemos que el sentido de “algo” no es una característica intrínseca de ese “algo”, sino *un emergente* de la narración concebida como práctica significativa desplegada en un contexto.

Si aceptamos esta perspectiva, es factible comprender por qué siempre resulta posible ensayar dos o más interpretaciones de un mismo repertorio de fenómenos: dado que no hay descripción a la que no le falte o le sobre algo, siempre es posible ensayar otra explicación para la conexión existente entre fenómenos y todo relato puede volver a relatarse de otra manera. Más aún, el genuino conocimiento científico nunca parte de “las cosas mismas”, sino que está atravesado por *un movimiento de vaivén* que va de la revisión de las opiniones y evidencias establecidas a la puesta en escena de opiniones y evidencias nuevas. Operando de esta manera, ese conocimiento intenta establecer “su propia autoridad” (White, 1978: 1) ante el tribunal, supuestamente imparcial, que juzgará la verdad de sus enunciados. Para el observador entrenado, esta operación expone, en la superficie misma, su inextricable complicidad con la narración.

Esto ocurre porque, si bien es cierto que entre un relato personal, un relato de ficción y un relato científico puede haber *diferencias radicales*, también es cierto que hay entre ellos *una complicidad inextricable*, proveniente del medio narrativo en que todo

relato se desenvuelve. Es crucial desarrollar las destrezas analíticas requeridas para escuchar y observar en todo relato –ya sea una experiencia personal, un cuento fantástico o un informe de investigación– la actividad narrativa. En suma, los sentidos desplegados por esos relatos pueden ser radicalmente distintos, pero no se sustentan en cosas u objetos, sino en los usos cotidianos, literarios, científicos a través de los cuales se constituyen distintas comunidades. Una vez más, lo que *está en juego* no es la naturaleza intrínseca de las cosas, sino *la constitución de la subjetividad*.

Al acelerarse el desdibujamiento de las fronteras que dividen las distintas disciplinas, se facilita la nivelación de las jerarquías de saberes – supuestamente sustentadas en la excelencia relativa de sus distintos objetos– que separaban a los distintos discursos. En efecto, los espacios sociales –ya sea la vida cotidiana, la literatura, la ciencia, la política o la religión– siempre están atravesados por la práctica narrativa, la actividad a través de la cual alguien le dice a otro que algo ocurrió. Existe en esta nivelación *un elemento trasgresor* dirigido a revocar el control del poder de la palabra por los discursos dominantes, que está ejemplificado por el modo en que “las ciencias normales” usan los poderes comunes de la narración para instituir *un binarismo*, que intenta constituir sus objetos y hacerlos visibles, y, al mismo tiempo pretende ocultarlos y retirarlos de circulación. Para ello, “las ciencias normales” generan una división tajante entre “los hechos” y “las ficciones” y limitan la narración al ámbito de estas últimas; sin embargo, “la narrativa no es una subespecie de la ficción” (Herman et al., 2005: 381), ni esta una subespecie de aquélla.

Es posible que esta trasgresión produzca las condiciones que faciliten la reintegración de los distintos discursos disciplinarios a formas de lenguaje accesible a todos y a todas, generando un nuevo modo de refigurar “un mundo de experiencia común” (Rancière, 2000: 116).